

caciones, y de la arqueología a la hora de determinar las fases constructivas, la metodología antropológica le permite centrarse en los usos de los distintos espacios, tratando de obtener conclusiones acerca del “por qué” de elementos como la posición de la escalera, los distribuidores, así como las distintas estancias que podemos encontrar en estas construcciones, determinando el uso de los espacios y obteniendo interesantes datos así como conclusiones acerca de los roles otorgados por la sociedad de la época. De ese modo, se comprueba la separación de los ámbitos privado y público, así como masculino y femenino, aunque en este último caso, en muchas ocasiones se entremezclarían.

Asimismo, al margen de la lectura arqueológica, antropológica y arquitectónica, la autora se ocupa de la valorización del patrimonio residencial de la huerta de Mutxamel, al tiempo que analiza el devenir histórico de las mismas, evaluando la desaparición de algunas de ellas, los cambios de uso o la situación de abandono de otras. Las reflexiones en torno a la preservación de los espacios y las arquitecturas, es aplicable a otros ámbitos geográficos. Las medidas correctoras y la denuncia explícita a la necesidad de que las diferentes administraciones se impliquen decididamente en conseguir una mayor concienciación social acerca del Patrimonio Cultural y, por ende, su protección

y salvaguarda, permiten al lector reflexionar sobre el caso concreto de Mutxamel, si bien, como se ha comentado anteriormente, trasciende ese reducido ámbito geográfico, puesto que la casuística que rodea a este tipo de bienes culturales es bastante similar independientemente del entorno geográfico en el que nos encontremos.

En conjunto, el libro de María Teresa Riquelme nos ofrece los mimbres necesarios para aproximarnos de un modo diverso al habitual a unas fincas ideadas para el disfrute de un grupo social determinado en un momento histórico concreto. Se trata de una obra novedosa en cuanto a su planteamiento, su enfoque multidisciplinar (alrededor de una única autora), el objeto de estudio y la temática que trata (el ocio centrado en espacios y ámbitos concretos para una “burguesía incipiente”), e incluso el ámbito geográfico que trata, siendo la primera monografía de este tipo que se publica en la provincia de Alicante.

JESÚS PEIDRO BLANES
UNED-CA Elche
Museu de Cantereria d'Agost

SÁNCHEZ, Raquel, *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II. Eugenio de Ochoa y las letras europeas*, Madrid y Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2017, 398 pp.

No hace demasiado tiempo que Carmen García Monerris señaló las ventajas de estudiar a un personaje supuestamente de segunda fila como el político asturiano José Canga Argüelles (1770-1843). Su perfil profesional e intelectual al servicio de la monarquía y el Estado lo convirtieron en un prototipo capaz de representar a través de sus avatares muchas de las características de la época, sin obviar con ello particularismos novedosos y enriquecedores. Resulta evidente que los nuevos retos formulados desde una historia biográfica renovada han permitido superar aquellos enfoques que privilegiaban el acercamiento a los grandes hombres y mujeres del pasado. El trabajo que hoy nos ocupa resulta una aportación fundamental en este sentido. En *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II*, Raquel Sánchez aborda la trayectoria del polifacético Eugenio de Ochoa (1815-1872), un hombre que también ocupó en apariencia una posición secundaria en la vida cultural española, pero que precisamente por ello pasa a convertirse en una especie de retrato colectivo de los hombres de letras en el siglo XIX. No es la primera vez que esta profesora de la Universidad Complutense se acerca al género biográfico y el complejo mundo de la cultura literaria decimonónica. Sus trabajos sobre Alcalá Galiano o la reciente exposición a propósito de José Zorrilla que ha comisariado

en la Biblioteca Nacional dan buena cuenta sobre el particular.

A través de Ochoa se ha propuesto llevar a cabo una biografía novedosa que le permite reflexionar sobre unos temas de mayor calado: qué papel desempeñaron los literatos –en un sentido amplio– durante el periodo isabelino, cuál fue la importancia de las transferencias y de los mediadores en la configuración de una cultura nacional, cómo esta se fue articulando a través de las redes y las relaciones personales ante las dificultades que representaba un mercado poco potente, o por qué el desempeño de cargos públicos resultó un denominador común entre los intelectuales, tanto para sustentarse económicamente como para visibilizar su producción. Todos estos aspectos atraviesan una trayectoria compleja como la de Ochoa, en la que desde muy pronto el mundo de la cultura iba a ocupar un lugar decisivo. Basta señalar que su padre fue el escritor Sebastián Miñano, se formó bajo la tutela del crítico literario Alberto Lista y contrajo matrimonio en 1835 con Carlota Madrazo, hija del afamado pintor y puerta de acceso a los círculos de la Corte. En este sentido, insiste acertadamente Raquel Sánchez en la imposibilidad de separar en este personaje su faceta como profesional de las letras con la de agente político. La nueva esfera pública liberal y burguesa surgida de la Revolución fue el escenario donde comprendió el papel que los escrito-

res debían jugar –siempre críticamente– en la configuración de la sociedad civil. Él lo hizo desde el moderantismo, ligando en cierta forma su destino al del partido.

Junto a sus convicciones políticas conservadoras, la precaria condición del hombre de letras explica en parte sus estrechas relaciones con la familia Real, fuente de mecenazgo. Siempre mostró su fidelidad a María Cristina, expatriándose a Francia tras el golpe de los Sargentos en la Granja y el Bienio Progresista. En un momento tan crítico como este para la monarquía isabelina fue plenamente consciente que su defensa pasaba por combatir con la pluma al mismo nivel que los debates en las Cortes. Si con la biografía que escribió de la reina quiso reivindicar el papel jugado por su madre en la consolidación del sistema liberal, con la publicación del *Amigo del Pueblo* pretendió llevar a los sectores populares una defensa de la dinastía que amortiguara a los publicistas de tendencia carlista y demócrata. Sin embargo, como revela Raquel Sánchez, lo más interesante del personaje a partir de 1854 fue la correspondencia que entabló con el marido de la antigua regente, pues esta ofrece una excepcional radiografía de la evolución política del país y el deterioro de la imagen regia. De hecho, sus relaciones con el matrimonio Real fueron ambivalentes. Si bien es cierto que llegó a convertirse en uno de los hombres de confianza de la

reina, nunca dejó de manifestar sus pocas habilidades para el gobierno y el peligro de involución que se corría con una camarilla controlada por eclesiásticos antiliberales. Es más, el incumplimiento por parte de Francisco de Asís del acuerdo para sufragar la traducción de las obras completas de Virgilio no solo dejó a Ochoa endeudado hasta su fallecimiento, sino que deterioró considerablemente sus impresiones sobre el futuro de la casa reinante.

Hasta cierto punto, el hijo de Sebastián Miñano fue consciente que no ocupaba un lugar privilegiado entre los adalides de la composición literaria. Pero reivindicó el papel del traductor como agente cultural activo y erudito –capaz de hacer inteligible la cosmovisión del autor–, como intermediario de las producciones llevadas a cabo a ambos lados del Atlántico. Sin embargo, este carácter cosmopolita no estuvo reñido con una tenaz defensa de la cultura y esencias patrias. Más bien al contrario, actuó como un aliciente para reivindicar lo nacional y reflexionar acerca del lugar que el país ocupaba respecto a sus vecinos. Del amplio conjunto de empresas editoriales que recoge la historiadora, unas pocas nos servirán para mostrar esta complementariedad. Por un lado, la publicación de la revista *El Artista* (1835-1836) y la edición del *Cancionero de Juan Alfonso de Baena* (1851) muestran el afán de Ochoa por recuperar y dar a conocer dentro

de España sus esencias identitarias, elevando a los autores patrios al mismo nivel que los extranjeros. Por otro, su papel como mediador intercultural quedó patente en tres direcciones: si con la *Revista Enciclopédica de la Civilización Europea* (1843) acercó al público de las jóvenes naciones americanas las novedades del viejo continente, en la extensa y pionera *Colección de los Mejores Autores Españoles* (1838-1872) se propuso dar a conocer en este la valiosa herencia literaria de su país. Por su parte, las impresiones que le causaron los viajes por Francia, Italia, Inglaterra o Tierra Santa sirvieron para que reflexionara sobre la situación de España en una especie de juego de espejos atravesados por su particular percepción de la modernidad.

A falta de nuevas investigaciones, puede señalarse que posiblemente el Estado liberal en España no llevó a cabo una política cultural coherente en el proceso de construcción del Estado-nación, pero ello no es óbice para soslayar las potentes iniciativas surgidas desde plataformas de la sociedad civil. Con esta pertinente aclaración Raquel Sánchez no sólo cierra su trabajo, sino que reivindica el papel de los mediadores y las transferencias para explicar un entramado que resultó mucho más complejo, dinámico y transnacional que el que trataron de consagrar ciertos relatos nacionales. Con Eugenio de Ochoa estamos ante un hombre de letras moderno que

comprendió la necesidad de que se reconociera públicamente la profesión del creador: tanto sus iniciativas para que los autores se asociaran como la colaboración en el diseño de algunos tratados de propiedad intelectual son una muestra de ello. Las redes y los espacios informales de poder se nos muestran en esta biografía como elementos centrales de estudio, tanto para conocer las motivaciones de los sujetos como en la clarificación de acontecimientos difícilmente explicables por otros cauces documentales. En este sentido, no queda más que invitar a la historiadora y el grupo de investigación que dirige a continuar en lo que se está revelando como un fructífero campo para explicar las dinámicas políticas, sociales y culturales del ochocientos.

JOSEP ESCRIG ROSA
Universitat de València

MARFANY, Joan-LLuís, *Nacionalisme espanyol i catalinitat. Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona, Edicions 62, 2017, 950 pp.

Joan-Lluís Marfany es profesor de Historia de la Literatura Catalana en la Universidad de Liverpool (1972-2008) y ha publicado numerosos artículos y diversas obras relativas a la historia de la cultura, la literatura y lengua catalanas. Destacan tres más importantes: *La cultura del catalanis-*